

Fernando Binvignat

## Tributo y Cántico

«Canten todos, alumno y maestro,  
liceanos de fiel corazón,  
con los ojos ardidos de cielo,  
con las almas colmadas de sol».

(Himno del Liceo de Hombres  
de la Serena).—F. B.



LOS maestros de mi adolescencia,  
porque hicieron la luz de mi universo,  
quiero condecorarlos con mi verso  
y el laurel de solemne inflorescencia.

Y devolverles la palabra pura  
que en el ara de Apolo fué en mi mano  
la nobleza del mármol parnasiano  
y la estrella de miel de la ternura.

---

En el 128.º aniversario de la fundación del Liceo de Hombres de La  
Serena (1821-1949).

Y con la unción filial del estudiante  
que el litoral errante de los años  
libera de falaces aledaños,  
entregarles mi sueño de diamante.

Porque el discipulado es perdurable  
cuando enraíza en fraternal anhelo,  
cuando se ciñe el corazón del cielo  
con las alas que cantan lo inefable.

Porque el hombre que hicieran del que fuera  
libre instrumento de la poesía,  
retorna con su tirso de alegría,  
la de otoño con sol de primavera.

Feliz ese cuaderno—hermano, amigo—  
que en aquel banco se quedó olvidado,  
si aun ignora por qué fué premiado  
o por qué culpa mereció castigo.

Feliz el texto que oprimió mi brazo  
en la hora de exámenes, la hora  
redentora, rectora, inquisidora,  
que ocultara mi triunfo o mi fracaso.

Feliz esa campana liceana  
que era el peor inspector del internado,  
porque está su badajo sobornado  
por otro itinerario sin campana.

Campana, voz azul, que amanecía  
con su puntualidad reglamentada.  
¡Cuántos sueños quedábanse en la almohada!  
¡Cómo sigues sonando todavía!

Feliz esa euritmia, esa gimnasia  
cerebral de tonantes silogismos  
y los dartañanescos idealismos  
de la más retozona aristocracia.

El recuerdo es un niño pensativo  
allí en el banco de hogar egregio.  
Se subía la Calle del Colegio  
que era la residencia del olivo.

Se engastaba una hora de alegría  
en un ruedo de claustro y de retablo.  
¡Esos motines del Bolsico el Diabolo  
y esas cimarras del Santa Lucía!

Se soñaba con Bécquer y Espronceda,  
fulgía el madrigal en el proemio.  
Y era el perfil lunado del bohemio  
sobre el medroso corbatón de seda.

Días de mi liceo provinciano  
que me devuelven la postal perdida,  
yo os entrego este libro de mi vida  
que por ser mío es demasiado humano.

Y al camarada de mis sueños sigo  
por esta ruta de mi poesía,  
y al artesano de mi fantasía  
y al compañero que no está conmigo.

Y a los maestros de mi adolescencia,  
los que hicieron la luz de mi universo,  
a todos condecoro con mi verso  
que es la medalla de mi preferencia.

Lágrima dócil de la gloria trunca,  
gozo sereno que a cantar convida.  
Casa de O'Higgins, yo te doy mi vida  
para alabarte sin saciarme nunca!